

LUZ DE OTOÑO

JOSEPH MAGA



Click
EDICIONES

Ucrania

12 de abril de 1920

Las primeras unidades de la caballería polaca pronto se dejaron ver por la calle principal que articulaba el pequeño pueblo ucraniano de Dubyna. Sus habitantes observaban con indiferencia la lenta procesión que serpenteaba por las calles; estaban más que acostumbrados a que soldados de toda ralea y condición surcaran sus callejones. En esta ocasión, solo parecía cambiar el color de sus uniformes.

Apoyado en una viga de madera, Yuriy Majaluk contemplaba desde la herrería de su amigo Yevhen el paso de los jinetes. Un instante que más tarde recordaría con inmensa tristeza y amargura. Ambos amigos mostraban la preocupación que otorga la experiencia de haber vivido anteriores saqueos, violaciones y peleas con las que saludan los soldados extranjeros a los pueblos por los que transitan antes de la batalla. Eran aliados, decían algunos. Yuriy se apenó por ellos; por el profundo desengaño que sufriría su visión romántica de la guerra, por los gritos que aullarían a sus madres al verse rodeados de explosiones. Pero eso es algo que tendrían que descubrir por sí mismos; al principio es difícil de creer.

Los recuerdos de la Gran Guerra permanecían demasiado vivos en su memoria. Cuatro años terribles en los que los dramas personales se fundieron con la tragedia de todo

un pueblo. Los peores momentos asomaron al inicio de la contienda. Cientos de jóvenes entusiastas, incluido Yuriy, partieron a la llamada del zar a defender su imperio, y para el primer año, ya habían caído muertos o heridos casi todos los que habían partido de la comarca. También su mejor amigo, el hijo de Yevhen. Los pocos que siguieron enrolados se limitaron a mantenerse con vida. Lo que restaba de imperio ya no les pertenecía.

La desolación se había instalado en las granjas ucranianas. Tras cuatro años de Guerra Mundial y dos de guerra civil, no quedaba sino rezar para poder cuidar de tus campos un día más. Con la resignación como bandera, a ningún granjero le importaba ya la política, solo deseaban seguir con su vida, llorar a sus muertos y que la pertinaz sequía pasara pronto. No reconocían más patria que el horizonte que abarcaban sus cansados ojos.

Miró a Yevhen con gravedad.

Yuriy no era un hombre instruido, pero sí capaz. Disponía de esa inteligencia propia de los hombres de campo, que poseen el instinto de saber lo que va a ocurrir porque siempre ha sido así. El conocimiento de la naturaleza humana, de la consecuencia de nuestros actos. No era necesario ser licenciado para adivinar que un ejército extranjero que avanza, tarde o temprano retrocede, y el desenlace de una y otra acción siempre permanece en el mismo lugar: Ucrania. No estaba dispuesto a sacrificar la vida por nada que no fuera su mujer y su hijo. Ya había entregado su juventud y su alma a un imperio que ahora no existía, y desde luego, no lo haría de nuevo junto a los polacos.

Decidió esperar acontecimientos; si la cosa se ponía muy seria, tenía parientes en Alemania que estaban en deuda con él. Llegados a este punto, no le importaba irse

de esa tierra maldita. En más de una ocasión lo había pensado. Esperaba el momento oportuno. Quizás estuviera viéndolo desfilar en ese mismo momento ante sus ojos.

Hacía pocos meses que la zona más occidental de Ucrania se había declarado independiente, proclamándose República Nacional de Ucrania Occidental, y ahora se encontraba enfrentada a todos los vecinos de su estrenada frontera. La parte más oriental se había decantado por los bolcheviques, en plena guerra civil contra el Ejército Blanco. Los ucranianos, agitados por sus advenedizos políticos, se encontraban enfrentados entre ellos apoyando a los distintos bandos que ocupaban su territorio. Una errónea elección costaba la vida, ya fuera en el campo de batalla o en la retaguardia. Ucrania acostumbraba a ser el terreno de juego elegido para que las potencias vecinas mostraran su ambición: quien ganaba se la quedaba. Dubyna se ubicaba en una encrucijada, cuya frontera se diluía entre las dos repúblicas ucranianas, ocupadas actualmente por los polacos. Toda una provocación geográfica para sus desgraciados habitantes.

Yuriy miró apenado cómo unos niños del pueblo, ajenos al drama que acompaña a todo soldado, jugaban entre los caballos imitando su andar mientras chapoteaban en el barro. Algunos se ponían firmes y otros saludaban. Hacía tiempo que no se veía tanta caballería. Los asombrados críos admiraban el espectáculo sometiéndose al efecto embriagador que ejerce sobre los más pequeños un orgulloso ejército en formación.

El rostro de los polacos mostraba el cansancio de la larga marcha, pero un brillo especial en sus ojos delataba la excitación que acompaña a los ejércitos victoriosos que avanzan hacia su destino. El aire marcial y altivo de sus ofi-

ciales revelaba que todavía muchos de ellos apenas habían entrado en combate.

Yuriy había eludido el reclutamiento gracias a una herida en su pierna derecha recibida en la Gran Guerra, cuando todavía era capaz de entregarse a alguna causa patria y dar su vida por valores que ahora le eran muy ajenos. Una oportuna esquirla le destrozó la rodilla y facilitó su regreso. Con el tiempo había recuperado la movilidad, aunque aún cojeaba ligeramente, sobre todo en los duros días del *raspútitsa*, cuando el barro anega los caminos hasta hacerlos desaparecer y avanzar por ellos se convierte en una penitencia.

Observando a aquellos altivos jinetes, su mente se dispersó por unos momentos y le devolvió a las noches estrelladas desde el fondo de las trincheras junto a camaradas que no tardaría en perder. Más uniformes, más gloria, más muerte.

La experiencia en la Gran Guerra le había demostrado que los soldados no eran más que números anotados en la libreta de un general: tantos números tiene un regimiento, tantos porcentajes de bajas en el ataque, tantos sobran para la siguiente ofensiva. Se preguntaba si los propios soldados eran conscientes del papel que desempeñaban en aquella locura. Él, desde luego, sí. Se había alistado convencido de que su país era agredido y debía defender su honor. Más tarde, tras las primeras carnicerías, se preguntó: ¿qué convicción?, ¿qué fuerza oculta animaba a los soldados a obedecer a sus mandos y salir a campo abierto donde, con las estadísticas que ellos manejaban, moriría uno de cada dos reclutas sin tener la más mínima oportunidad? La guerra le había cambiado. La guerra lo cambia todo. El barómetro que calibra las desgracias anunciaba la tensa calma que precede a la tormenta. Los bolcheviques esta-

ban demasiado ocupados en su guerra civil y ahora se encontraban provisionalmente distantes; sin embargo, era cuestión de tiempo que, apagado su fuego interno, focalizaran sus esfuerzos en la amenaza que los visitaba por el oeste.

Yevhen se había retirado a continuar su labor. Demasiados recuerdos sin cicatrizar. Yuriy permanecía absorto mirando con tristeza el avance de las columnas a caballo; vítores de algunos ilusos engañados por la propaganda surgían de entre los relinchos de los equinos. La reciente declaración de autonomía alimentaba la ambición de los que un día fueron *kuláks*, sin darse cuenta de que, si se alargaba esta nueva confrontación, no quedarían herederos que continuaran la labor.

Con los polacos, desfilaba una sección de voluntarios ucranianos, bastante peor equipados, que simulaban ser ordenanzas de los oficiales a los que servían de intérpretes. Parecían felices y desfilaban orgullosos mostrando su convicción a los habitantes, quienes los contemplaban en un intento de justificación redentora, saludando a las pocas mujeres que, más ocupadas en vigilar a sus niños que en devolver sonrisas, descansaban en los soportales.

Yuriy estaba a punto de retirarse junto a su amigo cuando se percató de la dura mirada que un jinete polaco fijaba sobre él. Gritó en su dirección. Debía de ser un oficial o algo así que cabalgaba paralelo a la marcha. No reconocía sus galones; tampoco le entendía. Era joven, recién salido de alguna academia. De los que se creen que el mundo los aguarda para poner orden en él. «De los peligrosos», pensó Yuriy. Vestía un uniforme impecable en el que brillaban los correajes y las piezas de metal de su guerrera. Parecía dirigirse a él. Asombrado de que no se le hiciera caso de inmediato, gritó de nuevo en dirección contraria hasta

que otro soldado surgió de entre las filas. Era un ucraniano que le hacía de intérprete, quien, por su acento, debía de ser originario del Oeste, de la Galitzia. El soldado era muy joven y parecía encantado de poder servir a su oficial extranjero.

Tras una breve proclama por parte del oficial a caballo, el soldado enfureció el rostro y le preguntó en un tono autoritario por su unidad y por qué no estaba uniformado. Yuriy resistió la mirada del cretino del soldado, primero con asombro y luego con estupor. Había oído rumores de desertores y de cómo eran tratados. Él, desde luego, no lo era, pero su vida de repente pasaba por demostrárselo a un estúpido oficial polaco, cuya soberbia le exigía dar algún escarmiento público con el que justificar su bastón de mando.

Todo estaba sucediendo demasiado rápido.

Un escalofrío le atravesó su columna vertebral. Su pierna sana comenzó a temblar levemente. El olor del miedo le atenazaba.

Yevhen había salido al oír la discusión e intentó situarse entre Yuriy y el ucraniano.

La serpiente equina seguía avanzando indiferente a lo que ocurría a su alrededor. El ruido de los cascos se magnificó en el cerebro de Yuriy. No podía oír otra cosa. Trataba de pensar rápido una respuesta y se acercó al intérprete cojeando afectado. Intentando medir bien sus palabras, le explicó lo de su herida en la Gran Guerra. No podía combatir, sus heridas de la anterior guerra le hacían inútil para la siguiente.

—Tengo certificados médicos firmados por oficiales del zar que aseguran mi incapacidad —fueron sus trémulas

palabras.

El intérprete tradujo la respuesta. La cara compungida del altivo polaco y las voces que acompañaban sus gestos hicieron temer a Yuriy que su respuesta no figuraba en el manual del buen soldado invasor.

La luz roja se mantenía encendida en el cerebro de Yuriy lanzando destellos al resto de sus miembros, que comenzaron a temblar siguiendo el compás de su pierna. La cara desencajada de Yevhen presagiaba lo peor.

Durante unos segundos no pasó nada; Yuriy miraba aterrado al intérprete, exigiendo una traducción de lo gritado por el oficial. El soldado bajó la vista incómodo y dirigió la mirada hacia la fila de caballos, de donde rápidamente surgieron dos soldados desmontados, que, subiéndose a la tarima de la herrería, le cogieron por los brazos. Su amigo fue empujado al suelo mientras intentaba impedirlo. Yuriy forcejeó insultando a todos los presentes intentando acercarse a su amigo, que yacía inmóvil a los pies de su herrería.

—¿Qué ocurre? ¿No le has traducido lo que te he dicho? Maldito estúpido. ¡No puedo luchar! —gritó Yuriy desesperado, intentando zafarse de los brazos que le sujetaban—. Díselo otra vez. ¡No te ha entendido! —suplicaba Yuriy—. ¡¡¡No puedo luchar!!!

Los gritos despertaron el interés de otros polacos y el desfile se ralentizó. Al percibir lo que estaba ocurriendo, las madres comenzaron a llamar y perseguir a sus hijos, y las calles se fueron despoblando de curiosos. En unos minutos, solo Yuriy y los jinetes desfilando turbaban el silencio que se instaló en la calle principal.

—Pero... ¿qué hacen? ¡No soy un desertor! —gritaba al intérprete, que en aquellos momentos se escabullía hacia la parte de atrás, sin querer atender las súplicas que desde la calle lanzaba la poca gente que, aún atemorizada, se atrevió a contradecir al oficial polaco.

—¡Es un error! —gritaban a la vez Yevhen y Yuriy, quien ya estaba siendo arrastrado hacia las filas de atrás—. ¡Exijo ver a un oficial ucraniano! ¿Dónde está nuestro ejército? —suplicó.

Desde el porche de su herrería, Yevhen se encaramó a un taburete para descubrir con horror que el desfile lo cerraban varias decenas de civiles que seguían a la fuerza al ejército polaco. Algunos iban esposados; otros mostraban visibles marcas de golpes. Incluso había algunos subidos a un carro. Era gente demasiado mayor para luchar, y aun así los habían arrancado a la fuerza de su hogar.

«Ahí está», se dijo al ver a Yuriy.

Su cojera y su nerviosismo le impedían coordinar los pasos y caminaba a trompicones. Se maldecía por haber creído que los polacos serían distintos. Por no haber sospechado que todos los ejércitos se nutren de canallas pendencieros que consideran la vida en territorio ajeno un valor prescindible. Al pasar por delante de Yevhen, este le hizo un esperanzado gesto tranquilizador.

—No te preocupes, Yuriy, saldrás de esta. Avisaré a tu mujer —alcanzó a leer en sus labios.

|

16 de septiembre de 2008

Un estridente pitido anunció la llegada del tren de las 07:45 invitando a los numerosos viajeros del andén a tomar posiciones. El día había amanecido nublado y presagiaba algo de lluvia, incrementando la sensación de frío, a pesar de que en aquellos momentos rozarían los quince grados centígrados; suficiente para llevar alguna prenda de abrigo que casi seguro sobraría a lo largo del día en aquel septiembre tan irregular. El tren disminuyó su velocidad a medida que entraba en el minúsculo apeadero y, finalmente, se situó frente al espejo cóncavo que le marcaba el límite del andén. Sus ventanas reflejaban fugaces los rostros cansados de quienes a esa hora se embarcaban hacia sus respectivos trabajos.

Como cada día, yo asistía pensativo al transcurrir de la multitud, una manada silenciosa encaminándose con prisas a sus rutinas. Un amigo mío afirmaba que la vida no era sino un torrente desbocado de convencionalismos sociales que anulaba tu voluntad y te arrastraba sin que pudieras ni quisieras evitarlo. Viéndome a diario en el vagón, no podía sino entregarme a su inequívoco razonamiento. Todavía me encontraba a mitad de mi examen diario a las gentes del vagón cuando, de repente, un pitido seco me anunció la entrada de un mensaje en el móvil. Sin duda era del hotel donde trabajaba. Lo miré, consciente de que las buenas noticias no madrugan.

«Álex, ha llegado ya el director. Ha preguntado dónde estás.»

«Magnífico —aventuré—. Se suponía que la reunión era a las nueve.»

Respondí el mensaje a Laura, una recepcionista que me apreciaba mucho desde que la hice fija al acabar su contrato de prácticas oponiéndome a la opinión del director. En aquella época ser jefe de recepción todavía era importante. Miré el reloj. No llegaría antes de las ocho y media. Una conocida sensación agobiante inundó mi cuerpo. No me encontraba disfrutando precisamente de mi mejor momento vital.

Desde que terminara las vacaciones y comenzara septiembre no era capaz de conciliar el sueño con la placidez que acostumbraba. Siempre, justo antes de dormir, una fugaz visión de mi situación se asomaba en el último instante, cuando ya has cerrado el libro y girado la cabeza para sentir el frescor de la almohada: allí se presentaba, puntual a su cita para impedir mi descanso, un calambre que me subía por el espinazo, agarrándose al estómago, y que me desvelaba manteniendo mi mente en perfecta agitación. Sin duda era un ejercicio masoquista, pues los últimos días simplemente esperaba a que sucediera e incluso ya me había acostumbrado. A los problemas propios del trabajo se añadían otros más complejos de carácter personal. Roces, envidias y malas contestaciones que minaban mi moral y, lejos de asimilarlos, me sublevaban y provocaban situaciones de estrés antes desconocidas y que ahora me amargaban la existencia. La noche pasada no había sido distinta a como la esperaba y ya ni contaba las horas de sueño perdido.

Y allí estaba yo ahora. De pie, fijándome en el rostro que la oscuridad del túnel me devolvía reflejado en la ventana. Una cara resignada y aburrida de camino a mi hotel para comenzar lo que, en apariencia, sería una jornada más. Sin saber que sería el principio del fin.

Además, aquella mañana me encontraba particularmente disperso por un hecho insólito que no lograba encajar en mi rutina diaria. Apretado y agarrado al único hueco del asidero que cruzaba el vagón, intenté recordar paso a paso la escena buscando otra perspectiva que arrojara alguna luz a aquel extraño envío.

Ayer, al llegar al apartamento, el portero me había entregado un paquete dirigido a mi dirección. Era un paquete envuelto en un sobre de mensajería con mi nombre en el membrete. Dudé un instante en cogerlo, hasta que me confirmó que era a portes pagados. Le agradecí el favor, y sin demasiado interés, lo cogí pensando que se trataría de alguna promoción publicitaria o algo del estilo.

Entré en casa, me puse cómodo y, sentado en el sofá, lo abrí. Apareció una raída caja de madera, como de cigarrillos habanos. Su interior estaba revuelto. Fotos antiguas en blanco y negro se mezclaban con lo que parecían facturas de hotel, un medallón, cartas con una caligrafía perfecta escrita en tinta china, y unos documentos amarillentos con membrete oficial. Permanecí un instante en silencio manoseando los papeles. Lo lógico era pensar en un error de envío, pero mi nombre aparecía bien claro en el sobre.

Había, además, otro detalle fascinante que aumentaba mi desconcierto. Todos los documentos estaban... ¡en alemán!

¡Pero si yo no hablo alemán! ¿Quién me había mandado esa caja?

Durante un rato curioseé las fotografías. Eran antiguas, de los años cuarenta seguramente, y se conservaban en muy buen estado. Una de ellas mostraba a una chica muy guapa, el pelo muy negro peinado hacia atrás con un pequeño rizo deslizándose por su frente. La cara era muy pura; irradiaba simpatía y juventud. En otra aparecía la misma chica con un hombre mayor que ella. ¿Su padre? ¿Su amante? El hombre era la elegancia personificada: alto, traje oscuro a rayas, pañuelo en el bolsillo, brazo cruzado en el pecho y un cigarro en la mano. No sonreía, quizás la foto fue idea de ella. Siempre es así.

El resto de las fotos eran similares: o primeros planos de ella o en pareja. Iba a dejarlas de nuevo en la caja cuando un par del final me llamó la atención. Eran de un bebé: un primer plano de un niño precioso que sonreía a la cámara como si hubiera nacido para ese fin. La otra mostraba a la misma criatura en manos de una enfermera en lo que parecía un ala de un hospital, rodeada de camas vacías. No entendía nada, así que busqué de nuevo alguna referencia que me aclarara qué hacer con todo aquello.

La factura del hotel pertenecía al Mont Cervin Palace de Zermatt, en Suiza, y estaba a nombre de Stefano della Siere. Me detuve un momento. Aquello me sonaba. ¡Había estado el verano pasado en Zermatt con Julia...! Y el lugar nos lo recomendó un cliente del hotel. ¡Vincenzo della Siere!

Permanecí un instante en silencio buscando la posible conexión. No, no podía ser Vincenzo..., ¿o sí? Pero...

Adjunto a una de las fotos del bebé había otro documento en italiano. Era de un hospital. Creí descifrar que se trataba de una partida de nacimiento... El nombre escrito con letra casi ilegible se refería a un tal... ¿Vincenzo della

Siere? Era él. ¡Era Vincenzo! Esta partida de nacimiento confirmaba que el paquete le pertenecía.

¿Cómo encajar esto? No tenía sentido. Hacía más de seis meses que Vincenzo no se alojaba en el hotel y, además, no teníamos confianza para yo recibir una caja como esta. ¿Tendría realmente él algo que ver con este envío, o era una pura casualidad?

El caso era que, casual o no, tenía en mi poder una caja con documentación variopinta —¡quién sabe si útil!—, y no tenía ni idea de qué hacer con ella.

Un codazo no intencionado me devolvió bruscamente a mi realidad más cercana. Mi comprimido compañero de vagón se empeñaba, con escaso éxito, en leer uno de los periódicos gratuitos que sobrevivían a la crisis y que regalaban a la entrada de la estación. Con la primera página a escasos centímetros de mi rostro, vislumbré un titular apocalíptico en letras muy grandes y negras que advertía que un gran banco de Estados Unidos había quebrado el día anterior: el Lehman Brothers. No lo conocía ni sabía de su existencia más allá de alguna referencia en el telediario. Mis conocimientos de economía eran básicos —de contabilidad casera, de no llegar a fin de mes, luego existo—, pero era consciente de que suponía una pésima noticia que incluir en el cesto de las malas noticias, ya repleto desde el verano.

Llegué al hotel y me informé con rapidez de las novedades antes de que el director me preguntara algo que solo él suponía que yo ya debiera saber. Los clientes desfilaban, como de costumbre, jurando que no habían consumido nada del minibar, mientras yo intentaba memorizar la ocupación del fin de semana. A las 9:00 en punto, mi teléfono interno emitió su incómoda melodía.

Toqué la puerta sempiternamente cerrada del director, y pasé al escuchar su áspera voz.

Me mantuvo de pie un momento antes de mirarme, y todavía sostuvimos una conversación trivial antes de que me permitiera tomar asiento. Luego, continuó un rato ordenando sus papeles y cuando decidió que era el momento de empezar, se dirigió a mí.

El señor Gamelin era una persona compleja y difícil de catalogar. Hacía más o menos un año que había llegado al hotel, y todavía no habíamos mantenido una conversación distendida que no tratara de la operativa diaria. Era un hombre mayor —atendiendo a rumores, tendría unos sesenta y seis años—. Su anterior trabajo había consistido en dirigir un *resort* de cinco estrellas en Cerdeña con cuatrocientas habitaciones y ciento cincuenta empleados, que en nada se parecía al hotel de ciudad donde había ido a parar después de que los dueños del *resort* decidieran que era más rentable manejar a un director joven, dinámico, ambicioso y, sobre todo, más barato que el señor Gamelin, quien desde luego no era nada joven, nada activo, y con un sueldo de directivo de club de fútbol. Era más bien bajito, quizás de un metro sesenta y cinco de alto; un tipo que antaño se adivinaba duro y que compensaba con mala leche los centímetros que echaba de menos. Gafas de pasta pasadas de moda, orejas grandes de persona mayor y expresión muy marcada de mantener el ceño fruncido durante demasiado tiempo. El pelo lo exhibía demasiado negro para su edad, y por los lados, excesivamente corto. Tipo militar. Tampoco su ruda voz endulzaba su figura. Quizás comenzara un mal día todas las mañanas frente al espejo, pero bien que se cuidaba de aliviar esa carga con sus empleados. Entre los cuales, yo era su alumno destacado.